

## Prólogo

«La oscura Noche dio a luz sin acostarse con nadie a la Burla, al doloroso Lamento y a las Hespérides que, al otro lado del ilustre Océano, cuidan las bellas manzanas de oro y los árboles que producen el fruto». Poco más nos dice Hesíodo en su *Teogonía*: que las Hespérides (nacidas del atardecer) tienen voz aguda y que Atlas, el eterno jorobado bajo el peso del vasto cielo, guarda con celo la entrada de su país. Si, como hace Servio, atribuimos a Hesíodo un fragmento de origen incierto, aprendemos su nombre: Egle ('esplendor'), Eritea ('bermeja') y Hesperetusa ('suave atardecer'). Nada más. Pero ya tenemos lo suficiente para que nazca el mito: unos seres de carácter sobrenatural y sagrado posan sus pies en nuestro mundo, cumplen su función de vigilancia sobre un tesoro apetecible.

Cada vez que leo y releo estas sencillas palabras – ningún mito es complicado, aunque sea misterioso – quedo subyugado: ¡la belleza! Estas tres niñas solo pueden ser hermosas, arrebatadoramente hermosas, como un atardecer sobre el mar, como el fruto dorado que custodian, como su madre la Noche, que anuncia, con la majestuosidad de su fulgor, la sacralidad del mundo.

Las tablas de Luis Priego destilan esa belleza, la roban en instantes descuidados por sus vigías, entregadas a danzas y juegos sin cuento: como si el astuto pintor, escondido entre las ramas, hubiera captado esos momentos de goce prohibido y los hubiera retratado para nuestro bien. A nosotros, que nos dejamos arrastrar por el vendaval de las cuitas cotidianas, no nos ha sido confiada esa visión directa. Agradecámosle su osada intromisión para ofrecernos esta dedada de miel.

Desde pequeño, siempre me llamó poderosamente la atención que unas «ninfas del atardecer» pudieran tener por encargo preservar las manzanas de un jardín. Ardua tarea. Más tarde aprendí que no lo hacían solas: las ayudaba un dragón, hijo de Forcis y Ceto, «un terrible reptil que en sombrías grutas de la tierra, allá en los extremos confines, guarda manzanas completamente de oro» (desengáñese quien busque el paraíso en este mundo). No, el artista no ha visto al dragón: como de costumbre (recordemos a Smaug), estos monstruos pasan la mayor parte del día durmiendo. Por eso nos topamos con un niño, rapaz de mirada pícaro cuya graciosa historia, que el artista por privilegio me develara, dejaría a los espectadores desarmados.

¿Quién nos diera comprender los mensajes de estas doncellas? Porque Hermes los transmite, pero el inventor del lenguaje es por naturaleza embaucador y goza con nuestros desconciertos. Por eso es preciso interpretarlos; necesitamos un hermeneuta que nos desvele el sentido de tanta belleza exuberante dando vueltas sin cesar, como el destino que, sin nosotros saberlo, nos ha traído hasta aquí.

A falta de dragón, el artista sí ha entrevistado otras temibles divinidades, las Erinias. Su genealogía lo dice todo: nacieron de las gotas de sangre tras la castración de Urano; su origen primitivo las vuelve intratables, rebeldes a toda autoridad, hasta el punto de que el mismo Zeus debe obedecerlas. El pintor nos las presenta estiradas sobre el suelo, con sonrisa ora altanera, ora hechicera, porque torturan a los criminales o los perdonan, si, zalameros, las llaman bajo el nombre de Euménides.

Con Thomas Mann, la pregunta surge abrupta: ¿qué fuerza tendrá la belleza, que, aun matando, nos subyuga y atrae?

Callejeando por la exposición nos encontramos con otro personaje que, sin ser un mito, nos retiene con la fuerza de cien ciclones, Shamat, la hieródula que desbastó y civilizó al rudo Enkidu: el roce con la belleza nos hace más humanos. No en vano el pintor concibe su muestra como exposición del proceso de civilización a través de las artes. Las Hespérides, otras ninfas incontables y las Erinias también (por qué no), simbolizan diversos aspectos de la civilización: su rapto o su exilio, como el de esa Eva cuya mirada desarma el corazón más frío, suscita nuestro esfuerzo por recuperar nuestra verdadera naturaleza y enriquecerla con la cultura. Lo cual da pie para un detalle indispensable si queremos aprovechar al máximo la visita a este jardín: ninguna belleza aparece sola, sin más.

Desde su enramada, Luis Priego nos recuerda la conveniencia de tomar distancias para apreciar infinitos detalles que de cerca perdemos: las ramas no nos dejan ver el bosque. Porque importa tanto disfrutar la desnudez de una ninfa como apreciar su entorno. Alrededor de cada ser sobrenatural pululan muchos otros, esos geniecillos que recuerdan el valor de lo pequeño. Aquí el pintor los representa en forma de otras artes de lo bello, música y literatura, sobre todo. Miríadas de signos gráficos rodean a las ninfas, las coronan por aquí, las envuelven por allá, y, si acaso las rozan por error, de inmediato se retiran pidiendo perdón: son los textos y las partituras que desencadenaron el proceso de la creación artística. La literatura describe la embriaguez estética; la música la revive y la pintura nos la muestra.

José Manuel Losada  
Comisario de la exposición

---

José Manuel Losada es catedrático de literatura en la Universidad Complutense de Madrid. Doctor por la Sorbona y con una década investigadora en diversas universidades (Harvard, Oxford, Montreal y Durham), ha publicado una veintena de libros de crítica literaria. Es editor de *Amaltea*, *Revista de Mitocrítica*, presidente de Asteria, Asociación Internacional de Mitocrítica, y anima diversos proyectos de investigación ministeriales y autonómicos.